



»rechos del clero los del Estado.» El objeto principal de los esfuerzos de ese digno sucesor de San Pedro, era además la libertad de la Iglesia de Oriente, la restauración de la disciplina eclesiástica y la destrucción de las herejías. Al principio de su pontificado, dió ya la investidura al prefecto imperial de Roma, le hizo prestar el juramento de fidelidad, instituyó un senado, tomó bajo su protección la alianza lombarda, y concluyó una con las ciudades de la Toscana, resueltas á defender contra el emperador su libertad y la Iglesia romana. Inocencio recobró los bienes usurpados por Enrique VI, y nombrado tutor de Federico II por el testamento de su madre, que murió en 27 de Noviembre de 1198, justificó la confianza de la emperatriz, haciendo dar á Federico una educación brillante y liberal, y administrando con la más profunda sabiduría el reino de Sicilia. Pero Federico II no era más que un niño, y la Alemania necesitaba al frente de su gobierno un hombre de gran capacidad y energía. Importábase poco al papa y á los grandes del imperio ver reunidas tantas coronas en una sola cabeza; se procedió á una elección en que combatieron de nuevo güelfos y gibelinos. Eligieron estos á Oton IV, hijo de Enrique el Leon, y aquellos á Felipe de Suabia. Declaróse Inocencio en un principio en favor del primero; pero viendo luego que tenía más partidarios el segundo, entró en negociaciones con él cuando ya estaba amenazando su cabeza el asesino Oton de Witelbach. Fué altamente reprobado este crimen por el papa y toda la Alemania; mas esto no impidió que quedase dueño del imperio. Oton se obligó á casarse con Beatriz, hija de Felipe, y en 1209 fué coronado en Roma después de haber prometido la libertad de las elecciones eclesiásticas y las apelaciones, y haber dejado aseguradas todas las posesiones de la iglesia romana. Coronado apenas, hizo valer el nuevo emperador toda suerte de pretendidos derechos sobre Italia, sin que le detuviese siquiera la amenaza de excomunión que el papa se vió obligado á lanzar contra él en 1211.

Los príncipes reunidos en Nuremberg declararon destronado á Oton. Declaróse enton-

ces Inocencio en favor del primer electo, Federico II, bajo la condición de que este renunciara la Sicilia luego que estuviese en posesión de la corona imperial. Proclamó Federico en la Dieta de Eger á Inocencio su defensor y su bienhechor, hizo voto de cruzarse, y fué coronado en Aquisgran el año de 1215. Oton IV habia ya perdido con la protección de la Iglesia todos sus partidarios, y se encontró reducido á su ducado de Brunswick.

Casi todos los estados de Europa estaban entonces como la Alemania sujetos á la influencia de Inocencio. En Francia obligó á Felipe Augusto á que volviera á admitir á su esposa Ingelberga, castigando á su reino con un entredicho que no permitía más que el bautismo de los recién nacidos y la absolución de los moribundos. En España obligó á Alfonso IX, rey de Leon, á que rompiera su matrimonio con su sobrina; á Pedro de Aragon á que fuera á Roma á recibir la corona, bajo la condición de que pagaría un tributo anual al papa; á Sancho I, rey de Portugal, que tardaba en pagar el impuesto prometido por su padre Alfonso al papa Lucio II y habia maltratado al obispo de Porto, á declarar que ponía su reino bajo la protección de la Santa Sede. En Polonia, apoyándose en la ley de sucesión del duque Boleslao III, protege á Leszek el Sábio contra Ladislao Laskonogi; restaura el clero degenerado asociándose á los esfuerzos del rígido arzobispo de Gnesen, Enrique, á quien nombra legado suyo á causa de los desafueros de Ladislao, que obliga al arzobispo á huir á Roma. En Hungría reconcilia como árbitro á los dos hijos del rey, Andrés y Emmerico. En Dalmacia logra que Vulcano se sujete á sus órdenes; en Bulgaria y Valaquia corona á los dos reyes. En Noruega, donde se disputan el trono Felipe y su adversario Inga, es llamado á decidir entre los dos rivales, y suspende el fallo hasta haber recibido los informes del arzobispo de Drontheim. En Inglaterra anula la doble elección que se habia hecho para la silla arzobispal de Cantorbery; rechaza á los dos pretendientes, y conforme á los estatutos eclesiásticos de la época, hace elegir por los canónigos ingleses que habian ido á Roma al sabio Estéban Langhion,



natural de la Gran Bretaña, á quien consagra y sostiene contra la oposición de Juan sin Tierra, excomulgando á este príncipe, dispensando á sus vasallos de cumplir el juramento de fidelidad, poniendo el reino en entredicho, y acabando por deponer al mismo rey Juan, que no recobra ya sus derechos sino declarándose feudatario de la Santa Sede. Esa lucha entre el papa y el rey hizo sentir á los barones ingleses, espantados de las arbitrariedades de Juan, la necesidad de una constitución que garantizase sus derechos. Aprovechándose de la posición crítica del príncipe, y unidos con Langthon, le obligaron en 15 de Julio de 1215 á firmar la gran carta de sus libertades (*magna charta libertatum*), fundamento de la constitución actual de Inglaterra. Le obligaron además á poner de nuevo en vigor todas las libertades de la Iglesia, á saber: la libertad de las elecciones, la ejecución de la jurisdicción temporal, y el derecho absoluto de apelación á Roma en los negocios puramente eclesiásticos. Inocencio, con todo, declaró nula la carta, por haber sido obtenida violando el juramento feudal, y contra los derechos de los señores jurisdiccionales reclamó la obediencia al rey, prometió el perdón de las faltas cometidas y excomulgó á los rebeldes.

Hasta Constantinopla tuvo que sentir los efectos de la autoridad de Inocencio, aunque fué en detrimento de su constante deseo de libertar la Tierra Santa. La cruzada que la poderosa palabra de Fulco de Neully habia promovido en Francia, abortó en cuanto á su verdadero objeto por la conducta indigna de Enrique Dandolo, dux de Venecia. Este astuto anciano, ciego del cuerpo, pero de una rara perspicacia de espíritu, se aprovechó de los apuros en que se encontraban los cruzados por deber pagar el transporte y el equipo de una armada para hacerles emprender, á pesar de las amenazas del papa, la conquista de la ciudad de Zara en Dalmacia, rebelada desde mucho tiempo contra Venecia. Dejáronse también coger las cruzadas por el fugitivo Alexis en intrigas palaciegas, se apoderaron de Constantinopla en 2 de Abril de 1204, y fundaron un imperio latino, cuyo primer emperador fué

Balduino, conde de Flandes. Se escribió entonces al papa en estos términos: «Hemos entregado la cuarta parte del país á los venecianos y distribuido lo restante. Procuraremos defender estas bellas comarcas y las daremos en feudo á nobles caballeros que quieran unirse con nosotros. Vióse en otros tiempos glorificada Constantinopla por sus numerosos concilios y las visitas de los antecesores de Vuestra Santidad; haced que sea ahora lo mismo. Se lo suplicamos á Vuestra Santidad para mayor gloria del Salvador y la imperecedera honra de la Santa Sede; convóquese aquí un concilio, que con sus santas é inviolables decisiones, una para siempre jamás la antigua y la nueva Roma.» Inocencio era demasiado justo para responder como se pretendía á semejante llamamiento. Amenazó con el anatema á los cruzados, porque en lugar de combatir á los infieles, habian destronado á emperadores cristianos, y sólo después de algun tiempo les absolvió de esa grave falta, en vista de las circunstancias críticas en que se encontraban y con la esperanza de que la Iglesia reportaría de ello algunas ventajas.

Tales eran la actividad y la influencia de Inocencio, siempre dispuesto á dulcificar la suerte de los oprimidos, presente en todas partes, ya por sí mismo, ya por medio de sus legados. En medio de tan diversos negocios, no olvidó jamás su objeto principal; convocó en 1215 el concilio cuarto de Letran, que es el duodécimo concilio ecuménico, el más brillante de todos los concilios hasta el siglo XVI celebrados. Reuniéronse en él setenta y un arzobispos, cuatrocientos trece obispos, ochocientos abades, los legados de los patriarcas de Alejandría y Antioquía, el patriarca de Constantinopla, el de Jerusalem, muchos reyes y representantes de los príncipes de Europa. El principal objeto de este concilio fué decidir una nueva cruzada. A la noticia de la que emprendían los niños, Inocencio habia exclamado entre gemidos: «Esos niños nos avergüenzan; mientras nosotros dormimos, parten ellos valerosos para la conquista de la Tierra Santa.» A fin de que la nueva cruzada pudiese realizarse, se ordenó y se prometió solemne-





mente que por espacio de cuatro años se observaba la paz de Dios entre todos los príncipes y pueblos cristianos, y se añadió que los obispos quedaban encargados de reconciliar á todos los contendientes. Procuróse también en este concilio fortificar y asegurar la pureza de la fe por medio de la exposicion de la doctrina de la Eucaristia, combatida poco antes por Berenger; exposicion en que encontramos por la primera vez la palabra *transsubstantiatio*, y por medio de la reprobacion de los peligrosos errores en que habian incurrido el abad Joaquin Amaury y los albigenses. Se terminó la lucha de los pretendientes del imperio en favor de Federico, y se dieron al fin setenta cánones concernientes á la vida y la disciplina eclesiástica, que desgraciadamente no fueron observados ni siempre ni en todas partes.

Aunque Inocencio, cargado de negocios, se quejaba muchas veces de no tener tiempo para pensar en las cosas del cielo, no olvidaba la parte espiritual de su mision; ya en latín, ya en lengua vulgar, predicaba cuanto podia al clero y al pueblo. Sus discursos recuerdan principalmente los de San Leon el Grande, están llenos de ricas imágenes, de alegorías, de alusiones místicas y de antítesis tan ingeniosas como inesperadas. Su lenguaje es tan grave, como sério y profundo su sentido. Reunía indudablemente Inocencio las tres cualidades que su ilustre antecesor Alejandro III exigía de un verdadero papa: amor á la predicacion, capacidad para gobernar la Iglesia é inteligencia para dirigir las almas. Rebosaba, por otra parte, de benevolencia para con los pobres y los huérfanos, de generosidad para con los cruzados y de desinterés para con los pueblos, que tantas veces reconcilió en nombre del Señor. Murió en 16 de Julio de 1216 durante el viaje que emprendió para reconciliar entre sí Génova y Pisa. Si como Gregorio VI y Alejandro III, á quienes aventajó de mucho en la ciencia práctica de los negocios y en el conocimiento del derecho y la teología, hubiese sabido Inocencio hacerse más cargo de las circunstancias críticas que le rodearon, se le podría tener sin vacilar por el más ilustre sucesor de San Pedro. No hubo otro que como él supiese elevar el tro-

no pontificio á tan alto grado de autoridad é influencia. Hé aquí cómo el célebre é imparcial Hurter, el último de sus biógrafos, nos le da á conocer, y nos manifiesta la idea que ese gran papa tenía del pontificado y de su importante mision sobre la tierra.

«A sus ojos, dice, el pontificado era el único medio de impedir el abuso de la fuerza y la violacion de las leyes divinas y humanas; era un poder más alto y más santo que todo tribunal político y civil; un poder que, ya instruye con dulzura y advierte con benevolencia, ya se levanta poderoso y amenazador contra los grandes de la tierra, é impide que el fuerte oprima al débil y el hijo libre pase á ser esclavo; ya obliga á los príncipes á que permitan que las viudas y los huérfanos interpongan sus quejas ante tribunales eclesiásticos; ya se dirige á los reyes, como un padre á sus hijos, y les hace volver al sentimiento de su deber y de su propia dignidad, empleando súplicas, advertencias, amenazas y sábios y prudentes consejos; ya, sobre todo, se honra de ser el protector de los oprimidos, vigila las costumbres de los ricos é impide que en medio de su orgullo se hagan superiores á todo género de leyes; ya se esfuerza en proteger á los desgraciados contra la avaricia de los grandes, y á los pueblos contra la arbitrariedad y el despotismo; ya civiliza las naciones y consuela á los individuos asegurándoles la salvacion eterna; ya autoriza, en fin, á los que lo ejercen á declarar que no tienen más que un peso y una medida, y no han de obrar mejor que un hermano natural que con todos los cristianos.»

Federico no realizó ni las esperanzas de Inocencio, su maestro, ni las solemnes palabras con que proclamó, lleno de reconocimiento, que debía á la Santa Sede todo lo que poseía. Apenas fué emperador, pensó, como sus antecesores, en fundar la omnipotencia y el absolutismo del imperio sobre los despojos de los derechos eclesiásticos y de las libertades municipales. No pudo por de pronto dar libre vuelo á su deseo, porque al pasar en 1200 á Roma para recibir en ella la corona, encontró cerradas las puertas de Milan; y para obtener lo que pretendía se vió obligado á jurar que



aboliría todas las leyes contrarias á las libertades de la Iglesia; que entregaría á su hijo Enrique el reino de Sicilia, no como un feudo imperial, sino como un feudo pontificio; que restituiría la herencia de Matilde, y que renovaría, por fin, el voto de levantar una cruzada. El dulce y pacífico Honorio, satisfecho con esas promesas, no recordó lo que Inocencio habia rechazado siempre como el mayor peligro para la Iglesia romana, á saber: que Federico habia ya hecho elegir á su hijo Federico rey de Alemania, en Abril de 1220, mucho antes de estar investido de la posesion del reino de Sicilia. Pasó Federico á este reino inmediatamente después de coronado, depuso allí obispos, eligió otros, é hizo renacer así la lucha entre el emperador y el papa. Sábese en esto que Saladino se ha apoderado de Damietta, y acusa Honorio de esa pérdida á Federico, que ha aplazado para más tarde la cruzada prometida. Excúsase este, y promete partir dentro de dos años para la Tierra Santa, donde debía traerle por su parte su segundo matrimonio con Violante, hija de Juan, rey de Jerusalem; mas el papa muere en 18 de Marzo de 1227 antes que espire ese segundo plazo. Su sucesor Gregorio IX, anciano lleno de vivacidad, cuya piedad, ciencia y elocuencia habia alabado el mismo emperador, apremia, sin embargo, á Federico para que cumpla su voto; y este se embarca al fin en Brindis el día 15 de Agosto de 1227. Mas no hubieron pasado tres dias, cuando fingiendo estar enfermo se hizo Federico desembarcar, cosa que irritó tanto á Gregorio, que en Anagni lanzó contra él el anatema en 29 de Setiembre de 1227, obligándole á retirarse á Viterbo y á Perusa. Excomulgado, aún parte Federico en 11 de Agosto de 1228 para la tan suspirada cruzada, que fué la quinta. Recomienda el papa á los caballeros de San Juan y á los templarios que no se pongan en relaciones con el emperador; mas este obtiene del sultan de Egipto, con quien se sospecha que está de inteligencia, una tregua de diez años, que restablece en la apariencia el reino de Jerusalem. Entra el emperador en la Ciudad Santa el 17 de Marzo de 1229, y se ciñe él mismo la corona. Hace anunciar pomposamente su brillante éxito en

Europa, á pesar de que en la realidad prohibia el tratado recién hecho la restauracion de los muros de Jerusalem, y advierte el sultan á los musulmanes que no ha entregado al emperador más que iglesias arruinadas y murallas medio caidas, ni ha concluido con él más que una paz equívoca, contra la cual están murmurando casi todos los cristianos de la Palestina. A su regreso vuelve Federico á Brindis, y el papa, después de haber vacilado por mucho tiempo, consiente en la paz de San Germano, celebrada en 28 de Agosto de 1230, á instancias del dominicano Qualo y de los príncipes y obispos de Alemania. Prometió Federico devolver al papa todo lo que le habia quitado, reintegrar á los obispos desterrados en sus sillas respectivas, conservar intactos los derechos de Sicilia y de la iglesia de Roma, y pagar, al fin, una determinada cantidad de plata; mas no cumplió tampoco ninguna de estas promesas, ni hizo más que obedecer á su capricho, ni pensó sino en fundar en Italia su dominacion despótica; conducta con lo que hirió profundamente los sentimientos y la opinion de todos sus contemporáneos. En 1231 escribió Pedro de Vignes por orden suya una nueva *Coleccion de las leyes de Sicilia*, que desconoce la influencia de la Iglesia, entonces tan general y poderosa, procura restringirla rehusándole, por ejemplo, toda participacion en los negocios del estado, y establece su absolutismo legislativo de una manera extraña, atendido el carácter de aquella época. El análisis de ese código es lo que da á conocer más claramente la posicion en que se colocó Federico, y es lo que explica mejor su larga lucha contra la Santa Sede.

En la introduccion fija el emperador en términos pomposos su doble obligacion de defender y proteger la iglesia romana y de conservar la paz pública, mas no establece en ninguna parte, como entonces generalmente se creía, que el poder real sea una trasmision del espiritual. De Cristo, y no de la Iglesia, pretende haber recibido todo el poder de que dispone. Los delitos cometidos en la persona de los que están al servicio del emperador son doblemente castigados, segun el título XXXIX del texto, *ut participatio condecens honoris et*





*oneris inducatur.* La fuente de la justicia está en el rey, y todos los deberes están sancionados por su autoridad omnimoda. En virtud del pretendido derecho delegado por los quirites de la antigua Roma, y en la *lex regia*, se insiste en la subordinación de todos los poderes al poder real, y en la idea de que la legitimidad de todo poder nace de la dependencia que tienen unos de otros. Se pasa muy ligeramente sobre las relaciones del poder temporal con la Iglesia y sobre la responsabilidad que tiene aquel con respecto á esta, y aunque el título XXXII concede cierta preferencia á los asuntos contenciosos de la Iglesia, es preciso advertir que la concede como una gracia, no como un derecho. Así en la organización de los derechos del Estado, según este código, todo deriva de la autoridad real; de modo que la jerarquía de los demás funcionarios no es más que una desmembración de ese poder mismo. Los *Justitiani regionum* desaparecen ante el *officium magistri justitiarum et iudicis magnæ curiæ* (ut puta minori lumine per luminare majus superveniens obscurato). Ese poder judicial, que pertenece al rey, tiene una jurisdicción tan extensa, que, según el título XLII, hasta en los casos de penalidad apenas está exento de ella el clero. Esas pretensiones de omnipotencia lastimaban todas las opiniones de la época, tanto las de la Iglesia como las del pueblo: las unas, porque el poder no buscaba su base y su sanción sino en sí mismo; las otras, porque el emperador pretendía gobernar con pleno derecho y casi mecánicamente el Estado; y todas, porque á despecho de la historia y de todo sentimiento nacional, se sustituía con violencia á todo lo que había hasta entonces existido. Parecían mucho más raras esas pretensiones cuando se las comparaba con la doctrina de doctores de la Iglesia, tales como Santo Tomás de Aquino, intérprete fiel del espíritu de su época. «Si se funda un Estado, dice ese doctor profundo en el libro II, cap. XIV de su obra de *Regimine Principum*, el modelo de su gobierno debe ser el de la Providencia misma. Gobernar es dirigir á su verdadero destino á aquellos á quienes se gobierna. Vivir conforme á la virtud parece ser el destino

»de los pueblos, mas este no es sino preparatorio. Hay otro para los pueblos como para todo hombre, y este consiste en llegar por medio de la virtud á la unión con Dios. Ahora bien: »no pertenece al gobierno temporal, sino al espiritual, conducir los hombres á ese objeto sublime, y hé aquí de dónde procede el sacerdocio real. Ese gobierno de los pueblos no pertenece á los reyes de la tierra, sino á los sacerdotes, primeramente al papa, á quien »todos los príncipes cristianos deben estar sujetos como al mismo Jesucristo. No sucedía así con el sacerdocio pagano, sujeto con razón á los reyes, por no llevar el culto gentilico otro objeto que el bienestar material de las sociedades. En la nueva ley, el sacerdocio tiene otra misión: debe conducir á los hombres á la posesión de los bienes celestiales, y »hé aquí por qué la ley de Jesucristo sujeta á los reyes á los sacerdotes.»

Esa extraña legislación de Federico no encendió, como quizás se esperaba, el fuego de la guerra. Gregorio, y esta es una prueba de su carácter dulce y pacífico, se contentó con combatir todos los principios del código siciliano, en los cinco libros de decretales que promulgó por aquel tiempo. Manifestó aún mucho más la nobleza de sus sentimientos al saber la rebelión del hijo de Federico, á quien había sido confiado el gobierno de Alemania, pues en vez de aprovecharse de las ventajas que podía darle la crítica situación de Federico, escribió en 13 de Marzo de 1235 á todos los príncipes y prelados de Alemania, diciendo: «No queremos ni debemos permitir que se cometa injusticia alguna con el emperador. Os rogamos y os suplicamos por Nuestro Señor Jesucristo, que considereis bien cuán vergonzoso y culpable es que un hijo ultraje á su padre, y »desconozca un cristiano á sus bienhechores. Esforzaos en hacer volver al rey Enrique á la senda de la equidad. Lo deseamos mucho más, »por haber sabido que con miras vituperables le habeis animado á seguir su conducta criminal; hecho que desaprobamos, detestamos »y condenamos como contrario y opuesto á la razón.» Esta magnanimidad del papa, ni conmovió al emperador, ni le pudo apartar de los



sentimientos hostiles que en su corazón alimentaba. Parecía que Federico no se sentía ya grande sino humillando al papa, y no encontró ya límites su violencia. Venció en la batalla de Cartenuova á los lombardos, y como no les permitiera sino rendirse á discreción, arrebatados por la desesperación exclamaron: «Más »hubiera valido morir espada en mano, que ver »nuestra ciudad destruida, y perecer de hambre y de miseria en la esclavitud ó á manos »del verdugo.» La toma de Milán llevó al extremo el orgulloso desden y las violencias de Federico, y movió al anciano pontífice á combatir á todo trance. Formó entonces Gregorio una liga con los genoveses y los venecianos, le excomulgó de nuevo en el momento en que acababa de dar la corona de Cerdeña á su hijo natural Enzo, y dispensó del juramento de fidelidad á todos los súbditos del imperio. Proclamó Federico la nulidad de esta excomunión, se empeñó por escrito una viva controversia, y por una y otra parte hubo la mayor acrimonia en el ataque. El papa, protector de Milán, donde se encontraban á la sazón muchos cátaros, fué acusado de hereje, y el emperador de perjurio, de tirano y de haber dicho públicamente que el mundo ha sido engañado por tres impostores, Moisés, Cristo y Mahoma. Marchó Federico contra Roma en 1240, derrotó á los romanos, arrojó de la Pulla á los venecianos y á los eclesiásticos y monjes que no eran súbditos del imperio, y se apoderó por fin de Benevento. Gregorio convocó por su parte un concilio en Roma, y habiéndose embarcado en Génova un gran número de prelados para responder al llamamiento del papa, fué atacado el barco que les conducía por Enzo, que mató algunos é hizo los restantes prisioneros. En 21 de Agosto de 1241 murió Gregorio de dolor al recibir esta noticia, y Federico, temiendo ya irritar más la opinión pública, permitió á los obispos presos que fueran á Nápoles á reunirse en cónclave para elegir un nuevo papa. Recayó la elección en Celestino IV, que murió á los diez y ocho días, y tuvo por sucesor, después de una viva y prolongada lucha, á Inocencio IV, que fué elegido en Anagni. Al saber Federico la elección de este, dijo: «Fiesco era mi amigo,

»pero el papa será mi enemigo.» Prometió el papa al emperador levantar de su frente el anatema, con la condición de que se justificase en un concilio ecuménico; mas Federico rechazó todo género de condiciones, se adelantó sobre Roma, y lo devastó todo al paso. Persiste el papa en no querer levantar la excomunión sino después que Federico haya cumplido sus obligaciones con la Santa Sede; pero el emperador pretende apoderarse de su persona, y le obliga á refugiarse con sus cardenales, primero en Génova y luego en Lyon, donde el papa convoca en 1245 el primer concilio de ese nombre, que es el concilio ecuménico décimotercio. Reuniéronse en este concilio ciento cuarenta (250?) entre arzobispos y obispos, y los patriarcas de Constantinopla, Antioquía y Aquilea. Tratose y decretose en él sobre las relaciones de las iglesias de Oriente y de Occidente, sobre la situación de la Iglesia con respecto á los sarracenos, sobre la invasión de los tártaros en Hungría, sobre la discordia con el emperador y las costumbres del clero. Federico, á pesar de ser defendido por su canciller Tadeo de Suessa, cuyo discurso tuvo más elocuencia que solidez, fué excomulgado y privado del imperio, como convencido de herejía, de sacrilegio y de criminal connivencia con los sarracenos.

Federico protestó, y participó su protesta á todos los príncipes de Europa; mas las pruebas con que pretendió establecer que el papa no podía castigar á los príncipes hicieron tan poco eco como las vanas declamaciones de los partidarios de su absolutismo. Encontró entonces el pontificado poderosos auxiliares en las nuevas órdenes mendicantes de dominicanos y franciscanos, que contrabalancearon afortunadamente la influencia de los *Minnesinger*, adversarios agudos y cáusticos con demasiada frecuencia de toda verdad seria. Eligieron los príncipes alemanes en la Dieta de Hochheim, cerca de Wurtzburgo, al landgrave de Turingia Enrique Raspe, y después de su muerte, acaecida un año después en 1247, á Guillermo, conde de Holanda. Luchó con ambos Conrado IV, hijo de Federico, mientras el emperador peleaba en persona en la Pulla y obligaba á los monjes y al clero á que despreciasen la





excomunion del papa. Cayó poco despues Enzio en poder de los boloneses, y corrió el emperador á libertarle; mas murió en 13 de Diciembre de 1250, despues de un reinado manchado por espantosas crueldades, tales como la de haber hecho saltar los ojos en 1249 á su consejero Pedro des Vignes.

Por desgracia, durante estas luchas tan prolongadas y los diez años que permaneció Inocencio en Francia, habia sido necesario imponer fuertes tributos á todas las iglesias, con lo que no pudo ménos de debilitarse algun tanto el amor y la confianza que de ordinario tenian en la Santa Sede. Conociase bien que en esta cuestion, como en la de las investiduras, no sólo se trataba de la libertad y santidad de la Iglesia, sino tambien de sus posesiones territoriales. Volvió á Roma Inocencio despues de la muerte de Federico II. Declaró privada de la sucesion de la corona la casa de los Hohenstaufen, y habiendo celebrado alianza con los lombardos, se apresuró á tomar posesion de la Sicilia, como de un feudo vacante que pertenecia á la Iglesia. Entró con esta ocasion en negociaciones con el conde Ricardo, hermano de Enrique III, rey de Inglaterra, luego despues con Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, rey de Francia, y finalmente, Edmundo, príncipe de Inglaterra, mientras Conrado, hijo de Federico, hacia por su parte valer sus derechos sobre la Italia. Murió Conrado en 1254, y como se mostrase el papa dispuesto á proteger los derechos de su hijo Conradino, de edad de tres años, se sujetó al fin al papa en Setiembre del mismo año el hermano natural y tutor de ese príncipe, Manfredo. No tardaron en estallar, sin embargo, nuevas diferencias, con lo que volvió á tomar Manfredo las armas, al parecer por Conradino, é invadió la Pulla y la Calabria. Murió en esto Inocencio el 13 de Diciembre, y le sucedió Alejandro IV, que no fué más feliz que su antecesor en restituir la paz á la Iglesia. Vióse obligado Alejandro á excomulgar á Manfredo, que no por esto dejó de hacerse coronar por rey de las Dos Sicilias, amenazando luego al papa y obligándole á entrar en conferencias, que este no pudo ver terminadas. La influencia de Alejandro habia lo-

grado, al parecer, fortificarse algun tanto en Alemania, donde los electores imperiales estaban vacilando entre Ricardo de Cornuailles y Alfonso el Sábio, rey de Castilla. Fueron, sin embargo, muy lentamente los negocios durante el pontificado de su sucesor Urbano IV, tanto que Ricardo murió en 1272 sin que hubiera llegado aún á su término. Citó Urbano á Manfredo para que se presentara en Roma, y hasta predicó contra él una cruzada; mas como viese que todo era en vano, resolvió, á pesar de la oposicion de Luis IX, dar la corona de Sicilia á Carlos de Anjou, á quien Clemente IV, sucesor de Urbano, coronó en Roma en Enero de 1266, despues de haberle impuesto duras condiciones. Cayó la Sicilia en poder del papa despues de la victoria de Benevento, en que murió Manfredo. Carlos, á pesar de los prudentes consejos del pontífice, reinó como tirano, de tal modo, que su yugo llegó á hacerse más intolerable á los sicilianos que el de los mismos Hohenstaufen. Llamaron los descontentos á Conradino, á quien el papa amonestó, amenazó luego, y excomulgó al verle entrar en Italia en 1267. Fué vencido Conradino en la batalla de Tagliacozzo; á orillas del lago Celano fué hecho prisionero con su amigo Federico de Austria, y ambos murieron decapitados en 29 de Octubre de 1268, á pesar de las vivas reclamaciones dirigidas á Carlos por el papa y por Luis IX, cuyo apoyo habia reclamado Clemente.

La historia de España nos ofrece tambien en esta época grandes y maravillosos hechos, ya en la gigantesca cruzada que se lleva adelante, ya en ciencias, en fundaciones memorables y en triunfos dignos de especialísima mencion. Consignamos en las páginas anteriores el advenimiento al trono de Castilla de don Alfonso VI.

Despues de sus dias, penetró en las tierras de Castilla D. Alfonso I de Aragon con el designio de apoderarse de una corona, que suponía pertenecerle por derecho de sangre y su cualidad de varon. A fin de evitar una guerra civil, se efectuó su casamiento con doña Urraca, ya viuda, é hija de D. Alfonso VI y doña Constanza, á pesar de su inmediato parentes-



co y la repugnancia con que esta y toda la nobleza castellana entraban en el concierto. Este matrimonio pudo haber adelantado cerca de cuatro siglos la reunion de las dos monarquías, que tuvo lugar en el reinado de los Reyes Católicos; pero lejos de esto, fué el origen de largas guerras civiles.

Doña Urraca, mujer de un carácter altivo y tenaz, dice un conocido autor, quiso ejercer sobre su marido el título de reina, que unia al de esposa. D. Alfonso el Batallador, que era de un carácter igual, no consintió ser inferior en nada á doña Urraca. El hecho es que esta abandonó el palacio y la corte de su marido, se vino á Castilla, y pasando luego las desavenencias del tálamo nupcial al estado, los dos países se declararon la guerra. D. Alfonso de Aragon se presentó inmediatamente en Castilla, y habiendo encontrado las huestes de la reina en los campos de La Espina, cerca de Sepúlveda, se trabó una sangrienta batalla, en que hubo de reconocer Castilla la superioridad del enemigo. Pero apelando á los últimos esfuerzos los vencidos, consiguieron derrotar en varios encuentros al aragonés, declarándose nulo el matrimonio en un concilio de Palencia, presidido por D. Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, y excluyéndose del gobierno de Castilla á D. Alfonso.

Con Alfonso VII comienza la dinastía de la casa de Borgoña, por haber estado casada su madre doña Urraca en primeras nupcias con el conde D. Ramon de Borgoña. Despues de haber arreglado D. Alfonso sus diferencias con su padrastro el rey de Aragon, dirigió sus armas contra los moros; se apoderó de Calatrava, Andújar, Baeza y Almería, adelantando sus conquistas hasta las costas de Granada. Reputado D. Alfonso por el monarca más poderoso de España, reunió Cortes en Leon, donde se hizo coronar emperador con toda solemnidad y pompa, asistiendo á esta ceremonia, como su rey feudatario, el de Navarra, D. Garcia. El papa Inocencio II, mal avenido con el emperador de Alemania, le habia otorgado ese título.

A la muerte de Alfonso VII volvieron á verse desunidas las coronas de Castilla y de Leon, ciñendo aquella su hijo primogénito D. San-

cho III el Deseado, y esta su hijo menor don Fernando II; division que produjo los mismos efectos que las veces anteriores, á saber: desunion y debilidad en los príncipes cristianos, y ventajas en los sarracenos. Apenas duró un año el reinado de D. Sancho, sucediéndole su hijo Alfonso VIII. D. Fernando II de Leon tomó parte en las guerras civiles de Castilla con el propósito de gobernar ese reino durante la menor edad de su sobrino Alfonso VIII, quedando sin fruto sus esfuerzos y viéndose obligado á abandonar su empresa. Ganó de los moros á Alcántara y favoreció al rey de Portugal con sus tropas en la célebre batalla de Santaren, contra Jucef, rey de Marruecos.

A Fernando II sucedió en Leon su hijo Alfonso IX, cuyo primer cuidado fué captarse la benevolencia de su primo D. Alfonso VIII de Castilla. Sin embargo, se le acusa justamente al rey de Leon de haber abandonado á su primo en la desgraciada batalla de Alarcos, por cuya mala fe hubieran venido á las manos los ejércitos leonés y castellano, á no haberse interpuesto algunos obispos, y aun la misma reina de Castilla doña Leonor. Cesaron estas discordias por haberse casado el rey de Leon con doña Berenguela, infanta de Castilla, de quienes fué hijo D. Fernando III el Santo. Conquistó Alfonso á Cáceres, Mérida, Badajoz y otros pueblos de Extremadura.

Al morir D. Sancho el Deseado dejó á Alfonso VIII de tres años, expuesto á las resultas del encono con que dos facciones poderosas, los Laras y los Castros, y el rey de Leon Fernando II, se disputaban su tutela para gobernar en su nombre. Pero consiguieron los Laras apoderarse del niño D. Alfonso arrancándole de entre los Castros, á quienes estaba confiada su educacion y el gobierno del reino. La guerra civil que se siguió duró trece años, sin ceder ninguno de los partidos, hasta que por fin don Alfonso, declarado mayor de edad por el reino antes del tiempo legal, y enlazado con doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, restituyó á sus pueblos la calma de que tanto necesitaban, y su prudencia y la amabilidad de su carácter le granjearon en breve el amor de sus vasallos y los dictados de Alfonso el Noble